

FESTIVAL DE WESAK

Hora exacta de la Luna Llena de Tauro: 7 de mayo de 2020 a las 10h45 GMT

Nota-clave: ***“Veo, y cuando el Ojo está abierto, todo es luz”***

Mintze van der Velde

Buenas tardes a todos vosotros, unidos vía Internet, para meditar sobre las energías vertidas por el signo de Tauro.

La nota de Wesak encuentra en este momento un lugar especial en la actualidad de nuestro mundo donde la luz penetrante pone de relieve zonas de sombra como nunca antes en la historia de nuestra humanidad.

Se nos dice que: el festival de Wesak es el festival de Buda, el gran intermediario espiritual entre el centro donde la Voluntad de Dios es conocida y la Jerarquía espiritual. Buda es la expresión de la Voluntad de Dios, la Personificación de la Luz y el que señala el Propósito divino.

Este flujo de luz perturba y desorienta la conciencia de masa. ¿Cómo podemos acompañar esta iluminación para que la luz ilumine en lugar de cegar y que aparezca un débil resplandor del Propósito divino? El texto que os presento hoy se ha inspirado en gran parte en una columna de *Charles Eisenstein*¹, un escritor moderno e independiente que vive en Estados Unidos^{2,3}.

Antes de abordar algunas reflexiones a ese respecto, guardemos silencio para ocupar nuestro lugar en el corazón del Nuevo Grupo de Servidores del Mundo. A continuación, con el Mantra de Unificación, afirmemos juntos:

«Los hijos de los hombres son uno y yo soy uno con ellos.

Trato de amar y no odiar;

Trato de servir y no exigir servicio;

Trato de curar y no herir.

Que el dolor traiga la debida recompensa de luz y de amor.

Que el alma controle la forma externa, la vida y todos los acontecimientos.

Y traiga a la luz el amor que subyace en todo cuanto ocurre en esta época.

Que venga la visión y la percepción interna.

Que el porvenir quede revelado.

Que la unión interna sea demostrada. Que cesen las divisiones externas.

Que prevalezca el amor. Que todos los hombres amen».

OM

¹ <https://charleseisenstein.org/>

² <https://charleseisenstein.org/essays/le-couronnement/>

³ <https://charleseisenstein.org/essays/the-coronation/>

Tengamos presente en todo lo que sigue, que Tauro se caracteriza por el deseo, pero también por la luz, como lo indica el segundo trabajo de Hércules: la captura del Toro de Creta. Un deseo en todas sus formas y en todos los planos. Y una luz que, cuando el ojo está abierto, nos lo muestra todo iluminado. Entonces, con un ojo que se abre cada vez más ¿qué vemos?

El coronavirus nos muestra que cuando la humanidad se reúne detrás de una causa común, es posible un cambio de una rapidez extraordinaria. Cuando una coherencia (en sentido ondulatorio) se instala, los poderes creativos de la humanidad son ilimitados. Hace unos meses, una propuesta de parar los vuelos aéreos comerciales hubiera parecido absurda. Lo mismo habría sucedido con los cambios radicales que tienen lugar hoy en día en nuestros comportamientos sociales, nuestra economía y el papel de los gobiernos. El coronavirus demuestra la fuerza de nuestra voluntad colectiva, cuando nos ponemos de acuerdo en aquello que es importante. ¿Qué más se podría lograr poniéndonos en estado de coherencia? ¿Qué queremos conseguir, y qué mundo vamos a crear?

En cuanto al Coronavirus, la urgencia actual es la necesidad de aplanar la curva de crecimiento epidemiológico. Pero también se oye hablar mucho de una “nueva normalidad”, es decir, que los cambios quizás no serán del todo temporales. Dado que la amenaza de enfermedad infecciosa, así como la amenaza terrorista, no desaparecerá nunca, las medidas de control podrían fácilmente llegar a ser permanentes. Si esta es la dirección que tomamos, la justificación actual debe inscribirse en un impulso más profundo. Eisenstein analiza este impulso en dos partes:

- el reflejo del control y
- la guerra contra la muerte

Cuando lo hayamos comprendido, veremos cómo emerge una oportunidad iniciática, una oportunidad que vemos ya actuando bajo la forma de solidaridad, de compasión y de atención, inspiradas por esta epidemia.

Cito a Eisenstein sobre una cuestión crucial: «Admitiendo que el número final de muertos en el mundo sea de 50.000, 500.000 o 5 millones, os propongo examinar otras cifras para tener perspectiva. No sostengo DE NINGUNA MANERA, que el coronavirus no sea grave ni que no sea necesario actuar. Permitidme seguir. El año pasado, según la [Organización para la Alimentación y la Agricultura, FAO](#)⁴, cinco millones de niños murieron de hambre en el mundo (162 millones sufren un crecimiento tardío, y 51 millones están desnutridos). Es 200 veces más que el número de personas que, hasta ahora, han muerto por el coronavirus y, no obstante, ningún gobierno ha declarado el estado de emergencia por ello, o ha pedido que modifiquemos radicalmente nuestro modo de vivir para salvarlos. Tampoco se ve un nivel parecido de alarma y de actuación por los suicidios – la punta del iceberg de casos de desesperación y depresión – que mata a más de un millón de personas al año en el mundo, de ellos 50.000 en los Estados Unidos. Ni tampoco por la sobredosis de medicamentos que mata a 70.000 personas en los Estados Unidos, ni por la epidemia de enfermedades autoinmunes que afectan a entre 23.5 y 50 millones de personas, ni por la obesidad que afecta ampliamente a más de 100 millones de personas. ¿Por qué entonces no mostramos tal

⁴ <http://www.fao.org/zhc/hunger-facts/es/>

frenesí para evitar el apocalipsis nuclear o la debacle ecológica, si no todo lo contrario, continuamos haciendo elecciones que amplifican estos peligros?».

La respuesta es reveladora: Simplemente porque ante el hambre del mundo, la toxicomanía, las enfermedades auto-inmunes, el suicidio o la debacle ecológica, como sociedad, *no sabemos qué hacer*. Las respuestas que sabemos poner en práctica de manera automática frente a las crisis, y todas son una forma de control, no son muy eficaces para hacer frente a estas amenazas. Hoy se declara una epidemia contagiosa y, por fin, se puede pasar a la acción. Es una crisis para la cual el control funciona: cuarentena, confinamiento, aislamiento, lavado de manos. Ello hace del coronavirus un receptáculo cómodo para todos nuestros miedos mal definidos, un espacio donde canalizar nuestro sentimiento de impotencia creciente frente a los cambios en acción en el mundo. El coronavirus es una amenaza que sabemos cómo afrontar. Al contrario que con tantos otros de nuestros miedos, se presta a un plan de acción.

Eisenstein plantea una cuestión crucial: «Qué clase de problemas se vencen por la dominación y el control? Un problema causado por un elemento externo, por alguna Otra cosa. Cuando la causa del problema es algo que nos pertenece, como los sin-techo o la desigualdad, la dependencia o la obesidad, no hay nada contra lo que luchar. Podemos tratar de entronizar un enemigo acusando, por ejemplo, a los millonarios, a Vladimir Putin o al Diablo, pero al hacerlo se pasa al lado de las informaciones-clave, como el contexto que permite a los millonarios (o al virus) reproducirse en primer lugar».

Ello lleva a Eisenstein a la conclusión: «presentamos el coronavirus como un llamamiento a las armas, reorganizando la sociedad como si de un esfuerzo de guerra se tratara... considerando como un hecho normal la posibilidad de un apocalipsis nuclear, la debacle climática y la muerte de cinco millones de niños por hambre».

Sobre la cuestión de la muerte, muchos de entre nosotros conocemos la recopilación de Alice Bailey: «La Muerte: Una Gran Aventura». En ella nos da una perspectiva más amplia sobre un tema todavía en gran parte tabú en la sociedad de hoy día. Eisenstein da un toque más personal a fin de romper el pensamiento utilitario inhumano que transforma a las personas en estadísticas y sacrifica a algunas por otra cosa: «Para mí la cuestión pertinente es esta: ¿podría pedir a todos los niños del país que renunciaran a jugar durante una estación entera, si ello redujera el riesgo de muerte de mi madre o, además, de la mía propia? O bien: ¿decretaría el fin de los abrazos y apretones de manos, si ello pudiera salvar mi propia vida? No se trata de desvalorizar la vida de mamá ni la mía, que las dos son preciosas. Siento una gran gratitud por cada día que ella está aun con nosotros. Pero estas cuestiones plantean interrogantes profundos:

- ¿Cuál es la forma correcta de vivir?
- ¿cuál es la forma correcta de morir?

La respuesta a estas cuestiones, ya sea que se planteen en nombre propio o en el de la sociedad en su conjunto, depende de nuestro enfoque de la muerte y del valor que concedemos al juego, al contacto y a la intimidad, así como a las libertades civiles y a la libertad individual. No existe una fórmula simple para equilibrar estos valores».

Pensamientos profundos que podemos contemplar en nuestros corazones. Voy a volver a algunas observaciones que nos llevan a otra cuestión: Entre las personas analizadas recientemente en Italia, menos del 1% no tenían ninguna enfermedad crónica grave. Un 75% padecía hipertensión, otro 35% diabetes, un 33% isquemia cardíaca, un 24% fibrilación auricular, un 18% insuficiencia renal. Casi la mitad de las personas fallecidas presentaban tres de estas patologías graves o más. Los Americanos, que son propensos a la obesidad, a la diabetes y a otras enfermedades crónicas, son al menos tan vulnerables como los Italianos. Y cifras parecidas se aplican a Francia o a Suiza.

Por lo tanto ¿el culpable es el virus (que ha matado a pocas personas sanas) o lo es la mala salud subyacente?

Una vez más, la analogía de la cuerda floja funciona. En nuestra sociedad moderna, millones de personas se encuentran en un estado precario de salud. Por supuesto, a corto plazo, queremos salvarles la vida; el peligro es perdernos en una sucesión interminable de objetivos a corto plazo, luchando contra una enfermedad infecciosa tras otra, sin interesarse jamás por el terreno que hace tan vulnerables a las personas. Es un problema mucho más complicado, porque este terreno no cambiará con el combate. Ningún agente patógeno causa la diabetes, la obesidad, la dependencia, la depresión o el síndrome de estrés postraumático. Las causas de estas enfermedades no son Otra, no son un virus separado de nosotros del que seríamos víctimas.

Hoy vivimos en un mundo donde, en la ciudad que es – ¿o debo decir era? – el símbolo de nuestra sociedad moderna, es decir Nueva York, los cuerpos de las personas no-reclamadas son enterradas temporalmente en fosas comunes. Las desigualdades de este mundo moderno – a nuestro alrededor, en nuestro entorno directo, en nuestras ciudades, nuestros países, así como en el mundo entero – salen a la superficie y se hacen visibles de manera cruel a causa de este virus minúsculo. Dicho esto, quisiera terminar esta introducción con algunas palabras más de Eisenstein:

«Éste es el impulso que se manifiesta en nosotros, independientemente de la superficialidad de nuestras opiniones sobre la gravedad del coronavirus, su origen o la mejor política a adoptar para remediar la situación. Dice: *“Tomémonos en serio la idea de cuidarnos los unos a los otros”*. Recordemos cuán preciosos somos todos y cuan preciosa es la vida. Hagamos inventario de nuestra civilización, desnudémosla hasta el fondo y veamos si podemos construir otra más bella».

Con estas reflexiones os invito ahora a meditar juntos, para este gran festival de Wesak, sobre la nota clave de Tauro:

«*Veo, y cuando el Ojo está abierto, todo es luz*»